

Jóvenes de montaña y jóvenes de ciudad

Carta de un párroco sobre uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo.

Lorenzo Milani

[...] “¿Tú te vas a creer eso de que uno de mis chicos de montaña tenga un número de conocimientos muy inferior al de un coetáneo suyo de ciudad? Diez años de jóvenes ojos abiertos de par en par sobre el mundo son diez años aquí, sobre el monte Giovi [en Barbiana], como en vía Tornabuoni [centro de Florencia]. Y durante el tiempo que vuestros hijos posaban sus ojos sobre un montón de cosas selectas, los míos no los tenían cerrados, los posaban sobre otras cosas.

Los vuestros conocen el dinosaurio y el puma, pero no distinguen un conejo macho de una hembra. Los míos no saben los colores del semáforo, ni si un grifo gira a la derecha o a la izquierda, pero en compensación lo saben todo sobre la vida del bosque con sus infinitos nidos, reptiles, plantas, con el paso de las estaciones y de las horas.

Diez años valen diez años, créeme. De acuerdo que en los libros hay una *concentración* de observaciones que con sólo nuestros ojos no se podrían alcanzar. Pero aquí en compensación, en el gran libro del bosque y del campo hay una *concreción* de observaciones que en los libros no se alcanzarán jamás.

Y además del libro del bosque está también el de las familias. Sobre la familia y sus leyes y su relaciones sabe mucho más un chico de aquí que uno de los vuestros. Y también sobre la muerte y sobre otras mil cosas graves de la vida ajena. Vosotros en la ciudad os cruzáis sin saber

siquiera el nombre uno de otro. Tocan a muerto y no os dais cuenta de si tocan por los vuestros. Pasa un entierro y no sabéis quién se ha muerto, cómo ha muerto, si ha dejado detrás de sí llanto o pleitos. ¿Qué queréis saber de la vida fuera del restringido círculo de vuestra casa o del de los libros que leéis y os engañan porque habitualmente los ha escrito gente aislada en su cascarón como vosotros?

Todo este discurso sólo para concluir que se puede presumir *a priori* que, por ejemplo, uno de 20 años del bosque será rico de conocimientos y de una visión del mundo igual que la de un universitario de 20 años. No quiero decir igual, pero equivalente sí. Más rica por una parte, más pobre por otra. En conclusión, ciertamente no inferior. Más aún, si tuviera que decir mi opinión, me inclino a creer que Dios habrá preferido dar un poco más al desheredado que al otro: buen sentido, equilibrio, realismo etc.

Pues bien, ahora a estos dos hombres que hemos dicho que ciertamente no son inferiores el uno al otro en riqueza interior, pongámoslos a discutir uno frente a otro, o bien, frente a los problemas cotidianos que la vida moderna impone, y veremos al mío caer al primer golpe. Humillado, vencido mil veces por el primer chulito estudiantillo de ciudad. ¿Acaso el semáforo o el grifo (obras de mano humana) valen más que el bosque (obra de Dios)? ¿Acaso entre los conocimientos hay una jerarquía de valores? Unos (los de ciudad) nobles y útiles.

Otros (los del bosque) innobles y vanos. Si esa jerarquía hubiera que hacerla, querría que los conocimientos del bosque fueran por delante del programa de TV o del último invento americano para hacer la vida más cómoda. Pero esa jerarquía no existe. El saber es noble siempre que conoce la hermosa creación de Dios.

Así que yo estoy seguro de que la diferencia entre mi hijo y el vuestro no está ni en la cantidad ni en la calidad del tesoro encerrado dentro de la mente y del corazón, sino en algo que está en el umbral entre el dentro y el fuera, más aún, es el umbral mismo: la Palabra.

Los tesoros de vuestros hijos se expanden libremente por esa ventana abierta de par en par. Los tesoros de los míos están para siempre amurallados dentro y estériles. Lo que falta a los míos es sólo esto: el dominio sobre la palabra. Sobre la palabra ajena para aferrar su íntima esencia y sus límites precisos; sobre la propia para que exprese sin esfuerzo y sin traicionar, las infinitas riquezas que la mente encierra.

Hace ocho años que doy clase a los campesinos y a los obreros y he dejado ya casi todas las demás materias. No hago más que lengua y lenguas. Me remonto diez o veinte veces por tarde a las etimologías. Me paro sobre las palabras, se las secciono, se las hago vivir como personas que tienen un nacimiento, un desarrollo, un transformarse, un deformarse.”

(Artículo publicado por el *Giornale del Mattino* 20.5.1956)